

On Monsiváis

F E D E R I C O C A M P B E L L

Carlos Monsiváis hablaba desde el México civil y por el mero hecho de escribir puede decirse que era un optimista. No sólo supo valorar las “causas perdidas”, como las del feminismo y las de la liberación sexual, o las del respeto al voto y la necesidad de elecciones sin fraude, sino también no pocos fenómenos de la cultura popular como las tiras cómicas, el mundo de la familia Burrón, y lo mejor del cine mexicano de los años 50 (el cine del Indio Fernández y Julio Bracho, por ejemplo). Dio su justo valor, como crítico, a la obra de Juan Rulfo y a la poesía de Salvador Novo.

Leía mucho en inglés, que aprendió por sí mismo desde muy joven, y se mantenía muy actualizado. Sin embargo nunca desdeñó lo nacional por admirar lo extranjero. En lo personal, y de manera muy discreta y elegante, él (que no gastaba en una bonita camisa o en una chamarra de calidad) hacía donativos importantes a organizaciones civiles, como las que ayudan a los enfermos de sida, y a personas necesitadas.

Alguna vez pensé que había una cierta tristeza en su modo de ser, pero ahora que ha terminado de estar entre nosotros pienso que sí pudo ser feliz. Tuvo una vida plena, muy realizada, y no me entristece que haya muerto: me alegra que haya vivido y haya tenido el estilo que supo tener y que nos haya dejado lo que está en sus libros y lo que de él sobrevive en las conversaciones. Es desconcertante e irónico lo que se lleva un muerto: su experiencia, sus conocimientos, su memoria, los idiomas que aprendió, los poemas que sabía de memoria. Todo eso también se va para no volver.

Lo que siempre me atrajo de Carlos Monsiváis era su inteligencia y su lucidez respecto a lo que es el país y su circunstancia. Creo que lo que define su vida y su trabajo es un gran amor por México, y no sólo por la donación que hizo al país en el museo de El

Estanquillo. Siempre quiso vivir aquí. Nunca le impresionaron mucho los encantos de las ciudades europeas. Se las ingeniaba para estar siempre y al mismo tiempo en todas las ciudades de la República, en contacto con la gente. Un día estaba dando una conferencia en Mérida y el miércoles siguiente participaba en Tijuana en una mesa redonda sobre el maltrato a los animales. Por su modo de ser (y de vestir) nunca llenó el perfil para ser “aceptable” como miembro del Colegio Nacional o de la Academia de la Lengua ni para quedar bien con las principales revistas intelectuales. En la soledad de su escritorio, siempre hizo su rancho aparte, acaso porque presentía que el último refugio de la verdad estaba en la literatura. Ha sido uno de nuestros escritores mayores más brillantes y más coherentes consigo mismo. Mantuvo una cierta distancia crítica respecto a los acontecimientos y la ironía necesaria para que no lo abatieran. Siempre directo a lo suyo, sin mirar a los lados. Chingón. ●